

Subdesarrollo profundo

Juan Falconi Puig

Sin recursos económicos no hay desarrollo económico y los que pueden llegar a nuestros países sólo provienen de la inversión privada o de los empréstitos, bien entendido que la cooperación internacional que a veces cuesta más de lo que aporta, se refiere a proyectos concretos que, si bien son eso, cooperación, no es lo que nos permitirá alcanzar el anhelado desarrollo económico.

Duro hemos pagado y lo seguimos haciendo -especialmente por las prioridades del régimen- las consecuencias de la nefasta aplicación del "endeudamiento agresivo" practicado desde el Ministerio de Finanzas en la última dictadura; actitud lamentablemente coincidente con el repudio a la inversión extranjera productiva que, obviamente, se desplazó a los países que la recibían y garantizaban gustosos, conscientes que la requerían. A esos países se los conoce como los dragones o tigres del Asia, para destacar su poder económico, su prosperidad, sus exportaciones, su producto interno bruto y sus miles de millones de dólares en reserva monetaria internacional.

Y es que al más elemental de los burócratas de la época debió ocurrírsele que haría más conveniente era y es recibir la inversión de riesgo e involucrar al inversor con los destinos de la nación, que recibir los recursos sin los cuales no podemos salir del subdesarrollo por vía de préstamos internacionales, pues mientras el primero queda necesariamente atado al éxito o el fracaso del país y de su empresa; el segundo, el prestamista, solamente tiene que esperar el vencimiento para cobrar su capital e intereses, aunque para ello -cosa que no tiene porque importarle- tenga

que desaparecer toda atención social y sea necesario, así mismo, aumentar geoméricamente los impuestos más los precios de todos los servicios públicos como electricidad (casi nula), telefonía (igual), agua potable (contaminada) o combustibles (con agua sucia).

Resumiendo décadas de absurdo en pocos renglones, llegamos a principios de los ochenta, a los cambios y aperturas, inclusive de la inversión extranjera, convencidos entonces sí, en toda Latinoamérica, de la bondad de la inversión productiva en actividades lícitas. Y emprendimos entonces una feroz competencia por captarla suprimiéndose al efecto las autorizaciones y vejámenes burocráticos, el límite a repatriar utilidades, sectores receptores de inversión, etcétera... pero ni aún así la inversión llega.

No nos damos cuenta que en el cálculo de la rentabilidad hoy entran en juego no sólo las facilidades tributarias y administrativas sino también los puertos, las carreteras, las telecomunicaciones, la existencia y costo de la energía eléctrica, los abusos de autoridad o la ilegal persecución a empresarios, las huelgas del sector público y la centralización administrativo-económica, para señalar los aspectos más importantes que inciden directamente en los costos de producción. En la actual competencia por atraer la inversión, en adición a los incentivos que hoy se ofrecen, el inversionista considera indispensables las facilidades que antes señalamos y que Ecuador no ofrece, por lo que si el próximo Gobierno no da un golpe de timón, se nos hará más difícil salir del profundo subdesarrollo que en las tinieblas nos hunde.